

NOTAS SOBRE LA DETERMINACION  
HISTORICO-SOCIAL DEL CONOCIMIENTO  
Y SOBRE EL ANALISIS MARXISTA  
DEL CAPITALISMO  
CONTEMPORANEO (\*)

*Jorge Rovira Mas*

“No es la conciencia del hombre lo que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.”

Marx, Prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política*.

El pensamiento filosófico y científico se ha encontrado acompañado, permanentemente, de una grave preocupación sobre las posibilidades y límites del conocimiento humano. La investigación de la realidad en sus múltiples formas se ha visto precedida, con frecuencia, por la indagación acerca de la certeza posible de tal escudriñamiento del mundo circundante. En Occidente, sobre todo, puede constatarse que a la par de los grandes nombres que aparecen en las historias de la filosofía se encuentran los títulos de las más importantes obras de lógica, filosofía de las ciencias, teoría del conocimiento y epistemología.

Pero todo este esfuerzo, ciertamente legítimo, del pensar que se cuestiona a sí mismo en procura de apoyar más firmemente las conclusiones a que llega, lo hallamos enrevesado casi siempre, por lo menos hasta tiempos recientes, con diversos supuestos que complican la misma resolución de la inquietud que se plantea.

En primer lugar, nos encontramos con las posiciones del racionalismo puro, que parten de la autonomía de la razón como medio de adquirir el conocimiento, un conocimiento supuestamente absoluto y definitivo, que en algunas de sus formas llega incluso a identificar el devenir material con el movimiento de las ideas en el sujeto cognoscente (Hegel), otorgándole a estas el estatuto de ser la

realidad por excelencia. En segundo lugar, con el empirismo, que cuando no reduce la realidad a la experiencia que se tiene de ella (por ejemplo, Berkeley), confiere a esta un carácter absoluto en sí misma, posibilitando un conocimiento seguro y definitivo porque ahistórico, o bien se convierte en una contemplación sensorial incapaz de trascender el elemento pasivo que conlleva y que no alcanza a concebir la percepción sensible como lo que es una actividad humana, una praxis, históricamente situada como cualquier otra acción del hombre (1).

El problema del conocimiento es, por todo ello, hasta el siglo XIX, un problema siempre recomenzado, un problema con el cual se enfrenta cada pensador ambicionando crear el sistema imperecedero, sin tomar en consideración, positivamente, el trabajo realizado por sus antecesores. Una y otra vez se retorna a la crítica y al reinicio del esfuerzo por encontrar verdades absolutas, acordes a los nuevos presupuestos y al nuevo sistema en elaboración. Hegel, es verdad, es, en parte, la excepción a esto que decimos. Su mirada intelectual otea en el horizonte de la historia, contempla a esta bajo una perspectiva completamente nueva, como proceso, como movimiento, perfila a los mismos sistemas filosóficos no como elementos aislados y carentes de relación con el todo sino como unidades específicas de un conjun-

---

(\*) Artículo publicado simultáneamente en la *Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México* L.2, Toluca (Estado de México), Departamento de Difusión de la U.A.E.M.

---

(1) “Feuerbach, no contento con el pensamiento abstracto, apela a la *contemplación sensorial*; pero no concibe la sensoriedad como una actividad sensorial humana *práctica*”. Marx, quinta tesis sobre Feuerbach.

to compuesto por partes que tienen sentido en tanto que elementos sucesivos de esa totalidad y, más aún, quiere dar cuenta de la *necesidad* de esa continuidad. Ambas cosas, el carácter histórico de su concepción así como la comprensión de la *necesidad* de la *necesidad* conceden a Hegel un lugar prominentísimo en la historia del pensamiento (2). A partir de él, y gracias a la recuperación que de estos aspectos hacen Marx y Engels, pero desde un punto de vista materialista, la producción de conocimientos, entre otras cosas, cobra una determinación hasta entonces no prevista: la determinación histórico-social.

Con el marxismo, el proceso de producción de conocimientos empieza por concebirse como una actividad práctica más del hombre. Este, en primer lugar, persigue apropiarse intelectualmente del contorno material que lo circunda, captar las leyes del funcionamiento de la materia, incluyendo aquella materia que lo conforma a él mismo, con el propósito de transformar y modificar, en beneficio propio, ese ambiente que lo rodea. Pero esta apropiación intelectual es un proceso y un proceso activo, determinado por la acción que ejerce el hombre sobre la materia; al mismo tiempo que el hombre modifica la materia, la materia modificada lo modifica a él y a la concepción que él tiene de ella. El conocimiento, entonces, no puede considerarse, en un momento dado, como un conocimiento acabado, absoluto, definitivo. Una concepción tal sería completamente ajena al marxismo. Para este, por el contrario, el conocimiento es objetivo pero relativo (3) y su construcción es también un proceso histórico.

Así, una de las contribuciones más significativas del pensamiento marxista, al análisis y al estudio de los alcances y límites del proceso de

producción de conocimientos es la comprensión de éste como un producto histórico-social. A partir de aquí se hace necesario, a nuestro juicio, inferir por lo menos estas dos conclusiones fundamentales: a) que el proceso cognoscitivo se encuentra ampliamente condicionado por las circunstancias histórico-sociales en las que se desenvuelve y vive el sujeto que aspira al conocimiento y b) que el conocer es un acto que no se agota en sí mismo, que posee un pasado y condiciona, a su vez, la producción de conocimientos futuros. El acto del conocer está determinado por la experiencia cognoscitiva pasada de la humanidad, por el conjunto de aportes, teorías, análisis concretos efectuados con anterioridad y determina el enfoque que en lo sucesivo se dé a los nuevos hechos por investigar en una determinada esfera del movimiento de la materia y en el correspondiente ámbito del conocimiento.

Desde esta perspectiva, es claro, por lo demás, que los errores del racionalismo y del empirismo son, en parte, un resultado de la falta de conciencia histórica de los pensadores de esas corrientes, pero, al mismo tiempo, esta ausencia de perspectiva histórica tiene que verse como hondamente condicionada por las circunstancias histórico-sociales más amplias en las que vivieron esos autores (el grado de desarrollo de su sociedad) y por aquellas más específicas (situación de clase) de su propia posición dentro de la estructura social. Marx, el marxismo y todo lo que el mismo representa en la evolución social de la humanidad, por ejemplo, son inconcebibles como un producto de la época del molino de viento (4). Tal vez este ejemplo sea muy obvio pero, en todo caso, es esclarecedor.

En un segundo lugar, aunque no por esto menos importante, el análisis marxista del proceso de producción de conocimientos presupone los mismos resultados que el materialismo histórico ha desarrollado y confirmado en su interpretación general del movimiento de la sociedad, es decir, la sociedad dividida en clases y el condicionamiento de clase en todos los espacios de la vida social. Es

---

(2) Engels reconoce esto ampliamente cuando señala: "Lo que ponía al modo discursivo de Hegel por encima del de todos los demás filósofos era el formidable sentido histórico que lo animaba !... [ El fue el primero que intentó poner de relieve en la historia un proceso de desarrollo, una conexión interna! ! ... ]" *Contribución a la crítica de la economía política de Carlos Marx*. En *Obras Escogidas* en dos volúmenes, Moscú, E. Progreso, 1971, P. 353.

(3) Véase a propósito de esto el excelente artículo de Augusto Isla Estrada en el número 1 de la *Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México*, Toluca (Estado de México), Departamento de Difusión de la U.A.E.M., octubre-diciembre 1977, titulado "La frustración de una sociología del conocimiento".

---

(4) En derredor de esta cuestión Engels afirmaba lo siguiente: "Mientras hubiese que luchar contra restos tan ridículamente anticuados de la Edad Media, como los que hasta 1830 obstruían el progreso material burgués de Alemania, no había que pensar en que existiese una economía política alemana". *Ob. cit.*, P. 347.

por esto que se afirma también el carácter de clase de la producción de conocimientos.

¿Cuál es, en síntesis, el alcance y el significado primordial de la afirmación del carácter histórico-social del proceso de producción de conocimientos y de la incidencia del condicionamiento de clase sobre el mismo? Resumiendo, podemos decir, en primer lugar, que esto implica un sujeto cognoscente situado dentro de una formación económico-social específica, en donde predomina un modo de producción con sus correspondientes relaciones sociales, relaciones estas condicionantes de la actividad cognoscitiva. Pero dentro de estas relaciones sociales son las relaciones de clase las que poseen un mayor peso relativo sobre la perspectiva que asume el conocimiento. La posición que ocupa el sujeto dentro de la estructura de clases de la sociedad y su fidelidad a ella, fidelidad que cobra forma en la manera como ha asimilado los valores, ideas y formas de comportarse de los individuos de su clase, determinan, en una muy importante medida, su horizonte cognoscitivo. Determinan, todavía más, tanto los problemas generales por los que siente preocupación como muchas de las respuestas que ofrece en su intento de interpretar la realidad.

Baste por ahora, para los limitados propósitos de estas notas, señalar los anteriores puntos que nos parecen fundamentales. Puntos, por lo demás, sobradamente conocidos aunque a menudo olvidados.

Vale la pena, sin embargo, consignar aquí el hecho de que la sociología del conocimiento marxista, la más coherente con una interpretación y comprensión global de la realidad histórica que cada día se corrobora como la más acertada y completa, no ha podido trascender, hasta el momento, estas dos verdades de primera magnitud. La carencia de un número considerable de investigaciones detalladas sobre este problema de la determinación histórico-social del pensamiento en general y del conocimiento en particular impide, mientras tanto, proceder a nuevas generalizaciones que iluminen una captación más integral de la génesis del pensar y el conocer (5).

Partiendo de las anteriores ideas esbozadas rápidamente, es lícito preguntarse acerca de la determinación histórico-social del propio pensamiento marxista. Ahora resulta bastante claro que la concepción materialista de la historia no puede haber surgido por simple obra del azar y que su presencia en un momento determinado del curso histórico obedece a un conjunto de factores, objetivos y subjetivos, que van desde las condiciones generales de la sociedad en que vivieron Marx y Engels hasta las características personales de estos pensadores, su posición dentro de la estructura social, las experiencias diversas que esto les significó, el talento particular de cada uno de ellos, muy especialmente en el caso asombroso de Marx, etc. Varios elementos se añan para dar paso a un parto tan excepcional y de tan honda influencia en el transcurrir de la historia como fue este del materialismo histórico. Estudiar cada uno de ellos, determinar su peso específico y compararlos con los elementos condicionantes de otras creaciones de similar envergadura es algo que promete mucho para la sociología del conocimiento y que hasta la fecha sólo se ha llevado a cabo parcialmente (6).

Siguiendo esta misma línea de reflexión, otro problema digno de ser atendido, sobre todo por sus repercusiones prácticas inmediatas en los terrenos de las luchas ideológico-políticas, es el de relacionar la historia del desarrollo del modo de producción capitalista con la historia del pensamiento marxista y con la de aquellas otras formas de pensamiento que han desempeñado un papel destacado como adversarios del análisis revolucionario y desmitificador de la realidad social.

Un enfoque posible, para situar este tema de investigación en un primer nivel general, puede ser el tomar en consideración la dinámica estructural interna del régimen de producción mercantil generalizado.

Corresponde a Marx, aquí también, el haber reconocido el movimiento profundo que rige el desarrollo capitalista bajo la forma de ciclos económicos caracterizados por cuatro fases fundamentales: la fase depresiva, la de recuperación

(5) Entre los problemas, por ejemplo, que requieren una mayor atención y que han sido escasamente atendidos de manera sistemática se encuentra el de los límites de la determinación histórico-social de la forma y el contenido del pensamiento y el conocimiento.

(6) Véase, por ejemplo, la obra excepcional de Auguste Cornu *Carlos Marx—Federico Engels*, 3 v., Buenos Aires, Editoriales Platina y Stilcograf, 1965. También, de Ernest Mandel *La formación del pensamiento económico de Marx de 1848 a la redacción de El Capital: estudio genético*. México, Siglo XXI, 1968.

económica e inicio de un nuevo período de crecimiento, la de auge y, finalmente, la de crisis, en donde afloran las contradicciones más hondas de la producción capitalista (7). Aunque Marx no dedicó ninguna obra en especial a tratar el tópico del ciclo y las crisis, en todos sus trabajos principales pueden encontrarse numerosas observaciones y anotaciones sobre el mismo. El investigó los llamados ciclos cortos, de una duración media de siete a diez años, logrando predecir algunos, y encontró la base de los mismos en el tiempo de rotación del capital fijo (8).

Los ciclos, a partir de entonces, han sido reiteradamente estudiados, aunque las conclusiones sobre el origen y las causas, los criterios para su predicción, la *necesidad* de su duración y otros aspectos más sean cuestiones ampliamente debatidas aún entre los mismos economistas marxistas. Este ha sido, además, uno de los rompecabezas más difíciles de armar para la economía burguesa, buena parte de la cual, desde hace más de cuatro décadas, está orientada a la búsqueda de políticas anticíclicas que permitan un crecimiento económico satisfactorio, sin depresiones y sin las convulsiones sociales que siempre acompañan a estas. Y si para muestra requiere el lector un botón le conviene leer el artículo de André Gunder Frank titulado "El economista como adivino e ideólogo" (9), en donde este autor pasa revista a las opiniones que sobre la crisis actual han emitido los

más renombrados economistas y políticos que defienden el orden burgués reinante. Allí encontrará los puntos de vista más disímiles y contrapuestos sobre las causas y las perspectivas de la crisis por la que hoy atraviesa la totalidad del sistema capitalista, así como sobre las propuestas presentadas para salir de ella, propuestas a veces estrechamente vinculadas con los intereses de algunas de las fracciones y sectores de la burguesía internacional.

En cuanto al enfoque que los marxistas ofrecen para estos problemas, puede afirmarse que si bien no existe un acuerdo completo sobre las respuestas, sí se ha avanzado en ciertas direcciones. Nos interesa en particular el examen que recientemente ha elaborado Mandel (10) sobre las denominadas "ondas largas" en la historia del modo de producción capitalista. Este análisis —es indispensable reconocerlo— parte de las contribuciones hechas sobre el tema por diversos autores (Van Gelderen, Kondratieff, Trotsky y otros más), aceptando críticamente aquellas ideas que juzga correctas con fundamento en la evidencia histórica y en la coherencia teórica que manifiestan. Vamos a presentarlo sucintamente.

Las ondas largas, primeramente, se superponen a los ciclos tradicionales de siete a diez años, sin que estos desaparezcan. De esta forma, la historia del modo de producción capitalista no es simplemente la sucesión de cortos períodos cíclicos, internamente determinados por el tiempo de rotación del capital fijo. Por encima de estos podemos observar lapsos de tiempo mucho más largos, con una duración aproximada de cincuenta años, condicionados por factores más complejos, no estrictamente económicos, que evidencian y agudizan enormemente las contradicciones a más largo plazo de la estructura económico-social capitalista. Cada uno de estos lapsos, conocidos como "ondas largas", se subdivide, a su vez, en dos grandes partes: "una fase inicial, en la cual la tecnología sufre una revolución y se procede a la construcción de aquellos sitios donde los nuevos medios de producción van a ser producidos. Esta

(7) "La anarquía de la producción, la "falta de plan", es la *condición preliminar* permanente de las crisis económicas. La contradicción entre la producción social y la apropiación privada es la *última causa* de las crisis. Esta contradicción aparece en el continuo desacuerdo entre las dimensiones limitadas del consumo sobre la base capitalista y una producción que tiende constantemente a desbordar esos límites". E. Varga, *Las crisis y sus consecuencias políticas*. Barcelona, Ediciones Europa-América, 1935, P. 32.

(8) "La conclusión a que llegamos es que este ciclo de rotaciones encadenadas que abarca una serie de años y que el capital se halla obligado a recorrer por sus elementos fijos, sienta las bases materiales para las crisis periódicas, en que los negocios recorren las fases sucesivas de la depresión, la animación media, la exaltación y la crisis". Marx, *El Capital*, Libro II, México, F.C.E., 1973, P. 165.

(9) En *Cuadernos Políticos* México, Editorial Era, N.º. 12, Abril-Junio de 1977, Pp. 41-63. Un buen síntoma de los logros obtenidos por la economía burguesa puede advertirse en la siguiente cita de *Fortune*, enero de

1976: "Una encuesta en la opinión pública mostró que los norteamericanos consideran que la capacidad de predicción de los economistas es más o menos semejante a la de los astrólogos". Citado por Gunder Frank, P. 41.

(10) Mandel, E., *Late Capitalism*. Londres, NLB, Humanities Press, 1975, Pp. 108-146.

fase se distingue por un incremento en la tasa de ganancia, una acumulación acelerada, un crecimiento acelerado, una acelerada expansión del capital previamente ocioso, y una acelerada desvalorización del capital previamente invertido en el sector de medios de producción pero ahora técnicamente obsolescente. Esta primera fase es seguida por una segunda, en la cual la transformación en la tecnología productiva ha tomado ya lugar, es decir, los nuevos sitios de producción para los nuevos medios de producción existen ya en el conjunto del aparato productivo de la sociedad y sólo puede haber una extensión en un sentido cuantitativo. Ahora la cuestión reside en conseguir que los medios de producción hechos en estos nuevos sitios de producción se generalicen y sean adoptados por todas las ramas de la industria y la economía [...] esta fase llega a ser de una retracción en las ganancias, de una desaceleración gradual en la acumulación, desaceleración en el crecimiento económico, de un incremento en las dificultades para valorizar el capital total acumulado, en particular el nuevo capital adicional acumulado, y de una gradual tendencia del capital a reproducirse a sí mismo permaneciendo ocioso” (11).

Las ondas largas no deben ser comprendidas como períodos de características similares a los ciclos industriales, aunque más largas. En realidad, ellas no poseen ese tipo de *necesidad* que puede constatarse en el ciclo industrial clásico y mientras este “puede ser explicado exclusivamente en términos de la dinámica interna del modo de producción capitalista, la explicación de las ondas largas demanda “un estudio más concreto de la curva capitalista al igual que de la interrelación entre esta y todos los aspectos de la vida social” (12). El aporte específico de Mandel al estudio de las ondas largas consiste, esencialmente, en su insistencia en que no existe alguna causa única que permita explicar estos largos períodos de crecimiento económico capitalista y en enfatizar que son diversos los factores que relacionados de una cierta manera posibilitan un crecimiento de la tasa de ganancia la cual, en íntima concatenación con una

renovación radical del aparato productivo de base, condicionada esta, a su vez, por las revoluciones tecnológicas, crean las condiciones fundamentales para que se esté en vísperas de un tal período de crecimiento. Y estos factores que inciden sobre la tasa de ganancia pueden ser tanto estrictamente económicos como sociales. Por ejemplo, la onda larga comenzada en 1848 con una tendencia inicial hacia la expansión debe el ascenso de la tasa de ganancia especialmente a la reproducción del valor del capital fijo en la composición de valor del capital, debiéndose esto a que se iniciaba la época de la transición de la manufactura de máquinas a las máquinas que ya pueden producir máquinas; el resultado final fue una elevación substancial en la tasa de ganancia y una pronunciada acumulación de capital. En cambio, la fase expansiva iniciada en 1940-45, que se prolongó hasta 1966, toma como base de esa expansión la debilidad del movimiento obrero europeo y norteamericano —fenómeno eminentemente social—, una debilidad y atomización cuya raíz ha de encontrarse en el fascismo y en la Segunda Guerra Mundial. Esta situación fue lo que permitió un crecimiento rapidísimo de la tasa de plusvalía y de la tasa de ganancia repercutiendo en la tasa de acumulación, todo ello enmarcado dentro de un período de acelerada innovación tecnológica.

Mandel destaca las siguientes ondas largas en la historia del modo de producción capitalista: 1793-1847 (1793-1825 de expansión, exp., y 1826-1847 de estancamiento, est.), 1848-1893 (1848-1873 exp. y 1874-1893 est.), 1894-1939 (1894-1913 exp. y 1914-1939 est.) y 1940-45-? (1940-45 hasta 1966 exp. y 1967-? est.)

Esta periodización no refleja únicamente, como se podría pensar, la dinámica del desarrollo de las fuerzas productivas, los grandes momentos de progreso tecnológico y su expansión progresiva hasta permear toda la base productiva de la sociedad, así como las fases de estancamiento en la acumulación de capital; pone de relieve también las condiciones materiales de las crisis sociales y políticas que sacuden intermitentemente a la formación económico-social capitalista por entero, incentivando la lucha de clases a todos los niveles y creando diversas posibilidades de emancipación en algunas partes del sistema. *Es por esto, precisamente, que el estudio detenido de las ondas largas puede convertirse en el marco apropiado para situar el problema más arduo de la determina-*

(11) *Ibidem.*, P. 121. La traducción del inglés es nuestra.

(12) *Ibidem.*, P. 129. Las comillas de la cita responden a un texto de Trotsky. La traducción del inglés es también nuestra.

*ción histórico-social del pensamiento marxista y contemplar la génesis del pensamiento, al igual que el debate ideológico, a la luz de auténticos elementos condicionantes.*

La cuestión, entonces, estriba en detectar algunas vías que permitan orientar la investigación, teniendo, sin embargo, bien presente que aquello por lo que se quiere inquirir constituye tan sólo uno de los conjuntos de elementos que determinan la producción de conocimientos, a saber, las características generales, materiales y sociales, de la época o período histórico en el que vive el sujeto cognoscente. Desde aquí, naturalmente, se puede avanzar hasta encontrar nuevas y más concretas determinaciones, penetrando en las determinaciones de clase y aún en aquellas que disciplinas como la sociología no se ocupan de analizar, como las derivadas de la creatividad individual.

Las ondas largas, ya lo hemos visto, se dividen en dos grandes fases, una de gran crecimiento económico y amplios procesos de acumulación de capital y otra de fuerte tendencia a la estagnación, con un giro decreciente en la tasa de ganancia y menor estímulo progresivo para la nueva inversión masiva de capital. La forma en que ambas fases inciden en la vida social se torna evidente cuando pensamos en todo lo que implica la lógica de la acumulación capitalista. Cuando esta va en ascenso, frecuentemente la vemos acompañada de una disminución en la tasa de desempleo que a partir de un cierto momento puede presionar fuertemente hacia un alza de salarios, una mejor situación de la clase obrera y, de acuerdo a las condiciones históricas del movimiento laboral, una lucha de profundo contenido economicista. Es claro que allí en donde se encuentren estas condiciones estamos ante la presencia del mejor caldo de cultivo para el reformismo y la traición a los intereses históricos de la clase trabajadora. Por el contrario, la fase depresiva de la onda larga crea todo un clima de grave preocupación para los intereses inmediatos de los trabajadores, atizando, en amplias capas de la población obrera, la incertidumbre por el mañana y despertando en ellas la conciencia de que el capitalismo, como forma de organización social, es incapaz de garantizarles una seguridad permanente para sus vidas. Es esto, por cierto, lo que hoy se puede palpar en numerosos sectores de trabajadores norteamericanos en esta etapa descendente de la gran ola de crecimiento que se iniciara en la post-guerra.

Desde luego, para que este reflejo inmediato se torne en conciencia histórica deben intervenir otros factores y en primer lugar la acción de un partido que represente adecuadamente los intereses reales del proletariado, pero, en todo caso, son estas condiciones las que posibilitan esto último.

Lo mismo ocurre, en uno y otro caso, con el pensamiento revolucionario. Las fases de ascenso son proclives a la germinación de pensadores reformistas y de eclécticos, incluyendo a "marxistas", que incapaces de reconocer las tendencias a largo plazo del modo de producción se dejan arrastrar por las ilusiones del momento o por la combinación de elementos de cuerpos teóricos diferentes, combinación que puede presentarse como explicativa de la realidad a corto plazo pero que es insostenible como elemento desmitificador de la dinámica profunda que rige, a la larga, las leyes del sistema.

De manera contraria, las fases depresivas, al poner al desnudo la pervivencia de las leyes inherentes al capitalismo, ofrecen el mejor panorama para penetrar y profundizar en las características propias de la etapa que se vive del sistema, siendo períodos estimulantes y fecundos para el pensar revolucionario.

Nada de lo anterior, sin embargo, puede ser asumido de manera mecánica; los peligros de la simplificación y el esquematismo acechan a cualquiera que tome las anteriores ideas de forma no dialéctica.

Dos libros, que queremos presentar muy someramente, ejemplifican, en nuestra opinión, lo que hemos señalado líneas arriba. Son estos la obra ya clásica de Baran y Sweezy *El capital monopolista* y el reciente voluminoso libro de Mandel *Late Capitalism*.

El primero de ellos fue publicado en 1966, justamente cuando llegaba a su término el período de mayor crecimiento en la historia del capitalismo. El trabajo, no obstante, había sido cuidadosamente preparado años antes. De acuerdo con los autores, que así lo explicitaron, *El capital monopolista* estaba llamado a ser la continuación de sus investigaciones anteriores más importantes, *La teoría del desarrollo capitalista* (1942) de Sweezy y *La economía política del crecimiento* (1957) de Baran. Sin embargo, en lo referente a continuidad teórica, por lo menos en el caso de Sweezy, es fácil advertir que hay una ruptura y una aceptación de puntos de vista que probablemente no hubiera defendido veinte años antes, cuando los Estados

Unidos apenas comenzaban su mayor auge económico.

En el trabajo que comentamos, Sweezy y Baran se deslizan desde posiciones marxistas que habían sostenido con una buena dosis de coherencia —y con otro tanto de indagación crítica— hasta un análisis del capitalismo norteamericano ampliamente sustentado en un eclecticismo en el cual Marx no desaparece del todo —a pesar de las fuertes críticas de fondo que se le dirigen— y se le ve combinado con autores como Kalecki y Steindl, algunas de cuyas principales obras —y ello no es tampoco fruto del azar— vieron la luz en los primeros años de la década de los cincuenta.

Steindl, sobre todo, de quien se manifiestan deudores Baran y Sweezy, había señalado en su libro tan conocido *Maturity and Stagnation in American Capitalism* la tendencia al estancamiento que manifestaba el capitalismo norteamericano, negando así la supervivencia del comportamiento cíclico de la economía capitalista, un comportamiento que obedece a características estructurales del sistema. Esto fue aceptado completamente por nuestros autores, uniéndose así, aunque bajo una perspectiva diferente, al coro de voces que clamaban por la superación post—cíclica de la economía mundial. Esto, ciertamente, no fue obra de la casualidad. Tras de todo ello ha de verse el peso de la época, un tiempo en el que se combinaron la debilidad política de la clase obrera norteamericana, la Guerra Fría, el macartismo y un crecimiento lento pero sostenido —que se desbordó violentamente a partir del gobierno de Kennedy y sus keynesianos— de la economía, crecimiento que pronto empezó a augurar un eventual pleno empleo.

No es extraño, entonces, observar cómo Baran y Sweezy eliminan la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia por una nueva ley, elaborada por ellos y que vendría a sustituir a la anterior: la ley de las utilidades crecientes. Tampoco lo es el que las luchas de clases, que son las fuerzas motrices de la historia para Marx, sean relevadas ahora por las luchas interraciales como eventual fuerza determinante en las contradicciones sociales dentro de los Estados Unidos.

*Late Capitalism* representa, desde nuestro punto de vista, algo así como el reverso de la medalla de lo que llevamos apuntado. Escrita entre 1970 y 1971 y publicada en 1972 en alemán, es conocida por el público cuando los efectos de la recesión empiezan a sentirse con violencia en

Europa, los Estados Unidos y, consecuentemente, en el resto del sistema capitalista. Ya no cabe la menor duda, el ciclo se ha vuelto a hacer presente con toda la crudeza que lo testimonian las crisis.

Si algo caracteriza a este libro de Mandel es su extraordinaria ortodoxia marxista: “Uno de los principales propósitos de este libro es proveer una explicación marxista de las causas de la onda larga de rápido crecimiento de post—guerra en la economía mundial capitalista” (13). Y esto lo logra Mandel brillantemente con ayuda de las categorías marxistas clásicas. Los conceptos de tasa de plusvalía, tasa de acumulación, composición orgánica del capital, capital fijo y capital circulante, tiempo de rotación del capital y tasa de ganancia juegan un papel primordial en la elaboración de los análisis, las pautas explicativas y los criterios de predicción.

Para todos aquellos marxistas acostumbrados a leer *El Capital* con el fin de hacer citas porque son incapaces de aplicar creativamente los descubrimientos de Marx sobre las leyes del modo de producción capitalista, la obra de Mandel puede convertírseles en la mejor escuela. Durante demasiados años, principalmente en América Latina, el estudio de la teoría económica ha estado divorciado de su aplicación a la realidad económico—social del Sub—Continente y con frecuencia se han escuchado voces que señalan la imposibilidad de interpretar, con tales categorías “abstractas”, la realidad de nuestra época. Mandel demuestra con vigor lo equivocado de tal apuntamiento y enseña cómo se debe hacer.

*Late Capitalism* es un libro preñado del más riguroso y genuino marxismo, en donde el economicismo en una de sus formas (la reducción del hecho social al simple fenómeno económico) cede lugar a una interpretación del devenir histórico que busca captar los diversos elementos condicionantes sin olvidar la base infra—estructural más amplia que determina la totalidad social.

Tal vez el mérito más significativo de esta obra sea su propósito consciente de querer explicar las causas del tiempo que estamos viviendo, la fase descendente actual, para tratar de penetrar en las tendencias del porvenir inmediato y posibilitar así una acción más consecuente, una acción que

---

(13) Mandel, *Ob. cit.*, P. 8. Traducción del inglés nuestra.

